

LETRAS DURANGUEÑAS

POR ÓSCAR JIMÉNEZ LUNA

La maestra rural

La Maestra era pura. “Los suaves hortelanos”, decía, “de este predio, que es predio de Jesús, han de conservar puros los ojos y las manos, guardar claros sus óleos, para dar clara luz”. La Maestra era pobre. Su reino no es humano. (Así en el doloroso sembrador de Israel.) Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano ¡y era todo su espíritu un inmenso joyel! La Maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida! Su sonrisa fue un modo de llorar con bondad. Por sobre la sandalia rota y enrojecida, tal sonrisa, la insigne flor de su santidad. ¡Dulce ser! En su río de mieles, caudaloso, largamente abrevaba sus tigres el dolor! Los hierros que le abrieron el pecho generoso ¡más anchas le dejaron las cuencas del amor! ¡Oh, labriego, cuyo hijo de su labio aprendía el himno y la plegaria, nunca viste el fulgor del lucero cautivo que en sus carnes ardía: pasaste sin besar su corazón en flor! Campesina, ¿recuerdas que alguna vez prendiste su nombre a un comentario brutal o baladí? Cien veces la miraste, ninguna vez la viste ¡y en el solar de tu hijo, de ella hay más que de ti! Pasó por él su fina, su delicada esteva, abriendo surcos donde alojar perfección. La albada de virtudes de que lento se nieva es suya. Campesina, ¿no le pides perdón? Daba sombra por una selva su encina hendida el día en que la muerte la convidó a partir. Pensando en que su madre la esperaba dormida, a La de Ojos Profundos se dio sin resistir. Y en su Dios se ha dormido, como en cojín de luna; almohada de sus sienes, una constelación; canta el Padre para ella sus canciones de cuna ¡y la paz llueve largo sobre su corazón! Como un henchido vaso, traía el alma hecha para volcar aljófares sobre la humanidad; y era su vida humana la dilatada brecha que suele abrirse el Padre para echar claridad. Por eso aún el polvo de sus huesos sustenta púrpura de rosales de violento llamear. ¡Y el cuidador de tumbas, cómo aroma, me cuenta, las plantas del que huella sus huesos, al pasar!

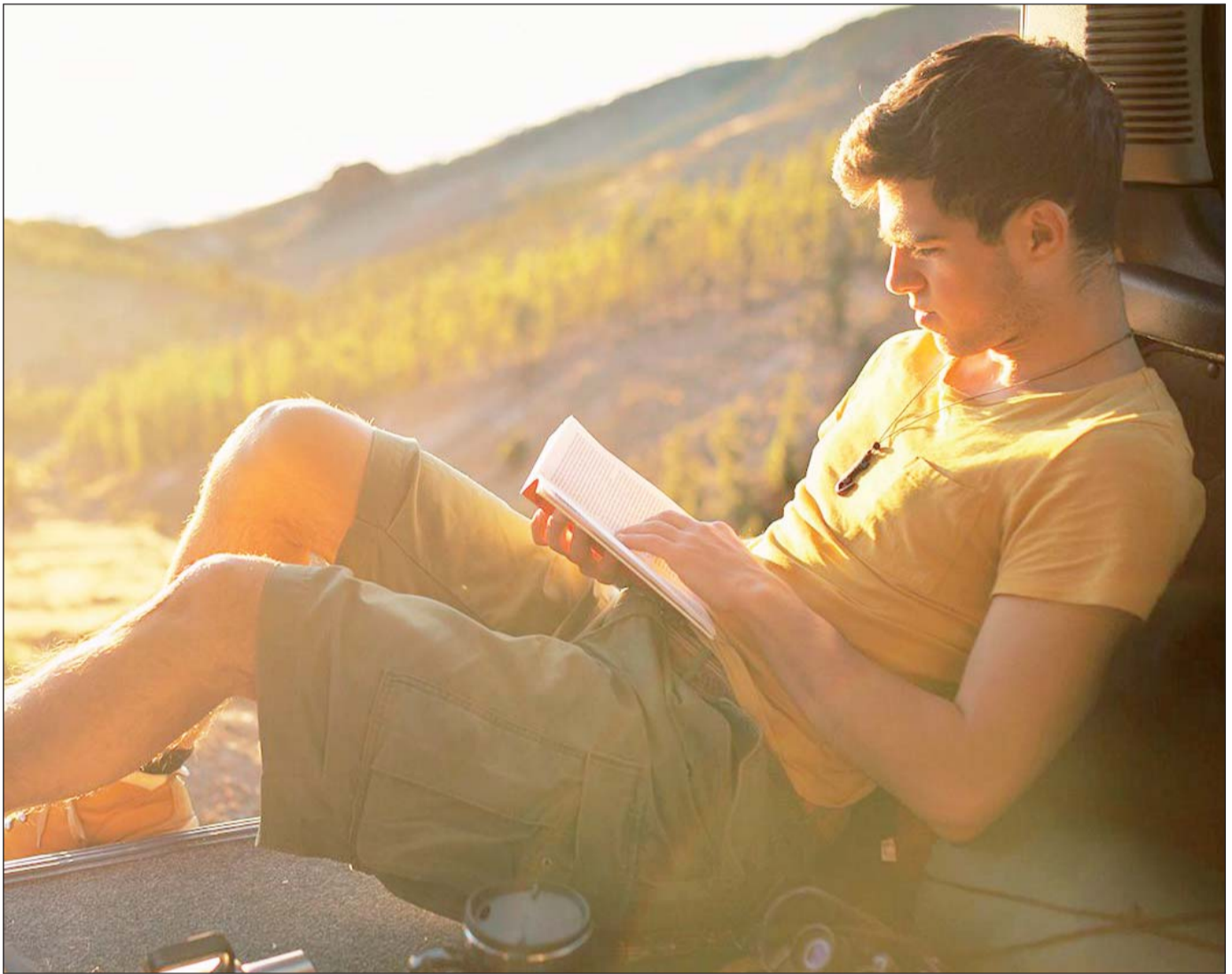
GABRIELA MISTRAL
(1889-1957).

Evaristo Muñoz Acevedo, el médico poeta

DR. FCO. JAVIER GUERRERO GÓMEZ
EL SIGLO DE DURANGO
Durango

Camarada de siempre, amigo y compañero defensor del gremio y de las letras. Vocación de humanista y de poeta, rara amalgama, transgrede los tiempos y pensamientos: Hablar con la naturaleza, abrigar al enfermo, aspirar el misterio de la rosa y saber la anatomía de la aspirina. Comprometedor del átomo, ensamblador de imágenes nucleares ¡Qué gran laberinto tu cerebro! En algún recoveco se estremecía la poesía, ese romanticismo eterno que te hizo ser galán, soñador y bohemio empedernido. Nos diste la mano en el camino empolvado por décadas de los versos del alma. En increíble fraternidad y apego a tu voz, surgieron cinco plumas “Del pensamiento a la palabra”. Lema que nos testereó ese latir que dormitaba por las cosas del tiempo. Los Médicos poetas, más de veinte años bendecidos de andar por los Durangos, diciendo quienes somos y lo que traemos dentro. Evaristo de siempre: contigo fuimos en cualquier momento: a la hora del duelo, en la canción trovada, y en el rustico verso. Siempre con la amistad en andas y las manos tan juntas que nos dolían. Estas palabras, tan pequeñas sean el calor amable de la compañía, la comunión de los amigos, la sonrisa que surge desde el músculo de nuestros corazones. Por tu recuerdo, por tu vida repartida entre los Médicos poetas. Por todo lo que pude decir y se me borra sin salir de los labios, ante el latido fuerte con el que te debo asir, en un abrazo muy a tu manera... De cinco plumas sedientas de palabras, quedamos tres, que cerrando los ojos y abriendo el corazón seguimos siendo los mismos cinco, te encontrarás con la doctora Gallardo que te dará la bienvenida, y entre los dos dirán los versos guardados para alabar al creador. A mi inmerecidamente me dejaste el legado invaluable de tus memorias, el cual me hace vibrar cada que lo vuelvo a leer y ahora nos uniré en el mismo sentimiento, espero dárte las a conocer a tu Durango, para que tu trayecto de vida se acurruque del pensamiento a la palabra. Evaristo: Dios contigo. Con respeto y admiración. (Escrito dedicado al Dr. Evaristo Muñoz Acevedo, quien falleció el pasado 6 de abril).

La lectura, maestra de la vida



ÓSCAR JIMÉNEZ LUNA
EL SIGLO DE DURANGO
Durango

Los elogios de la lectura, de ese ejercicio que nos lleva a otras posibilidades del ser, de crecer incluso con la práctica de esta otra de las bellas artes, resulta múltiple en los últimos tiempos. Ahora quisiera llamarla “Maestra de la vida”, para recordar algunos de los libros que siempre me han acompañado.

¿Por dónde empezar? ¿Cómo resumir en una docena de libros a esas amistades que siempre queremos tener cerca? La página abierta al sentimiento, al recuerdo -y si nos va todavía mejor- al pensamiento. No es fácil, porque la selección de títulos tiene algo de imprecisa, de provisional. ¿Por qué uno y no otros? ¿Cómo se decantan los señalados, palabra por palabra, en nuestra sensibilidad? Sin embargo, no hay más remedio que escoger del cielo literario las estrellas que, advertimos, nos han dado más luz, dejando algunas en el sendero, posiblemente igualmente brillantes. Sirve la pregunta que se nos hace repetidamente, para al menos ensayar la respuesta. Entonces no comenzaré cronológicamente a revelar las obras -no como han llegado a mi vida-, sino a las que me gustaría seguir acudiendo de vez en vez, hasta el final de mis días. Subrayo en este artículo las tres primeras obras: la Biblia, el Quijote y la Divina Comedia, al tiempo que me detengo brevemente en cada una de ellas. Más acá o más allá de la fe (la voz de Dios y su presencia en nuestro ser más profundo), los relatos bíblicos tienen una musicalidad y una fuerza espiritual tan atrayente y tan convincente que nos une con el sentido total de la existencia. Del

Antiguo Testamento prefiero los Salmos y el Cantar de los Cantares. Del Nuevo, la historia más bella de todas, como bien se dice, las parábolas de Cristo, su inmensidad, su guía moral (“Si Jesús no era el hijo de Dios, merecía serlo”, creo que fue Renan quien lo sentenció). Pero sobre los setenta y tantos apartados del sagrado volumen, prefiero muy convencido el relato de Job. Borges refería a propósito que “Froude en 1853 predijo que este libro, llegado su debido tiempo, sería considerado el más alto de cuantos han escrito los hombres”. Por su interesante narrativa y la división de escenarios en donde ocurre la historia (el personaje y su tierra, familia, amigos...y por otro lado, los asombrosos diálogos entre el Ángel del Mal y el Creador). Y principalmente por su memorable centro magnético: el misterio mayor, el hombre que no alcanza a conocer las razones de su devenir, y no obstante tiene el valor de cuestionar lo que considera injusto: el sufrimiento y sus caídas en una gente de bien. Se pueden derivar, en mi opinión, otras interrogantes ante el infinito inexorable que despliega el escrito: ¿Qué hacemos en el mundo? ¿Cuál es el significado real de vivir? Y se nos remite ineludiblemente a una constatación también enorme. Dentro de mis naturales limitaciones, es un asunto que me motiva a no pocas reflexiones, y por lo mismo trato de rodearme de ensayos, comentarios -iniciando con la versión y las explicaciones de Fray Luis de León-, e incluso novelas acerca de su temática, por ejemplo la debida a Joseph Roth.

El Quijote se cuece aparte. Es el libro, para usar el lugar común, que también llevaría conmigo a una isla desierta. Lo tengo

claro. Por una revisión suficiente. La novela cervantina une muchos de los elementos de las letras clásicas -drama, riqueza de asuntos tratados, destreza en la composición- con algo nuevo para su época: la autocrítica, el texto que se mira en el espejo de su propio transitar discursivo, haciéndose, corrigiéndose, y al final rehaciéndose. Con un acento por el que sería el camarada ideal en la isla de la soledad: la alegría maravillosa que irradia la obra entera. En el abandono total...uno quisiera, como el bálsamo para continuar luchando, estar contento. Y como la historia del hidalgo manchego es mucho más, subrayaría un privilegio que no podemos dejar de lado. El placer de disfrutar nuestro propio idioma -desde el registro de su cualidad oral-, el hermoso castellano que describe las tres salidas del inolvidable caballero, y a partir de la segunda, de su complemento perfecto, el simpático y bueno Sancho Panza. Varias veces he leído la obra, y como he podido he comprado una veintena de ediciones distintas, según sus reconocidos anotadores (Francisco Rodríguez Marín, Martín de Riquer, John Allen, etc.), que cada uno aporta su conocimiento esclarecedor para entender mejor sus giros lingüísticos, los contextos históricos, culturales y, por supuesto, en principio, literarios. Guardo con especial agrado las ediciones de Pellicer (1797) y la de Clemenčin (1967), del mismo modo que atesoro los Quijotes ilustrados por dos Antonios, Mingote y Saura...sin olvidar al imprescindible Gustave Doré, al que sin duda le debe mucho el imaginario quijotesco universal. Los coloquios anuales de Guanajuato, apunto de

paso, han sido definitivos en mis acercamientos cervantinos. Para un autodidacta como yo (en una ciudad que hasta hace muy recientemente no había carreras humanísticas- los encuentros sobre Cervantes aludidos representan con orgullo mi verdadera Universidad.

Mi tercer libro favorito es, como ya anticipé, la Divina Comedia. Su perfecta arquitectura (cien cantos, contando el introductorio), la suma de sus versos en una división, como sabemos, en tres partes: Infierno, Purgatorio y Paraíso. Son un mural espléndido de las pasiones y creencias religiosas del hombre. Impresiona su lectura, quedan imborrables sus recuentos, fundamentalmente el primer tercio del poema, si bien es cierto que el renacer de Dante y Virgilio -en la segunda parte- aquel amanecer frente al mar, tiene mucho de salvación o alivio, así se siente, también para los visitantes del libro. La mitología antigua en conjugación con el orbe cristiano, el recorrido por castigos y premios, expresados en la lengua italiana, que ya avanzaba por sí sola con los vuelos del latín original. Y otra vez Doré, como impresor en generaciones y generaciones de un conjunto imperecedero de episodios horribles, dramáticos, conmovedores todos...y llenos de consuelo y esperanza. La ética, o su ausencia, recreada por la estética medieval del poeta más grande de todos los tiempos. Una obra cumbre y que nunca acaba de decir lo que tiene que decir.

La Biblia, el Quijote y la Divina Comedia. Mi sentimental rosa de los vientos, mi carta de navegación intelectual. Un legado invaluable para compartirlo, a través de la conferencia, la cátedra o el periódico, con los demás.